

Morir lejos de casa

Las cartas de los soldados italianos
en la Guerra Civil española

Javier Muñoz Soro



JAVIER MUÑOZ SORO

MORIR LEJOS DE CASA

**Las cartas de los soldados italianos
en la Guerra Civil española**

Prólogo de
Javier Rodrigo

Marcial Pons Historia

2022

Ilustración de cubierta: Oficial italiano acompañado de dos soldados de la división mixta Flechas Verdes escribiendo cartas en un periodo de descanso durante la ofensiva de Cataluña. Foto Alamy.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Javier Muñoz Soro
© Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A.
San Sotero, 6 - 28037 Madrid
☎ 91 304 33 03
edicioneshistoria@marcialpons.es
ISBN: 978-84-18752-36-0
Depósito legal: M. 19.648-2022
Diseño de cubierta: Ene Estudio Gráfico
Fotocomposición: Milésima Artes Gráficas
Impresión: Safekat, S. L.
Madrid, 2022

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
PRÓLOGO. EL DILEMA MORAL QUE IMPLICA MATAR, <i>por</i> <i>Javier Rodrigo</i>	11
NOTA DEL AUTOR.....	19
SIGLAS UTILIZADAS.....	21
INTRODUCCIÓN.....	23
La cultura de guerra.....	26
La monumentalización del dolor.....	31
Una escuela de vida.....	37
CAPÍTULO 1.....	45
Una guerra fascista.....	45
Un viaje exótico y secreto.....	50
El servicio postal y la censura.....	59
El buen italiano.....	67
Visibles pero vencidos.....	86
El amargo sabor de la victoria.....	101
CAPÍTULO II.....	115
El anhelo de un joven fascista.....	115
Del resplandor de Cádiz al fango de Guadalajara.....	121
De uno a otro mar: la campaña del norte.....	136
Lejos del frente: la retaguardia riojana y soriana.....	153
La ofensiva de Aragón y Levante.....	166

	<u>Pág.</u>
CAPÍTULO III	185
La guerra también era aburrida	185
Italianos y españoles: tan iguales, tan distintos.....	192
Mujeres reales e imaginadas	201
Una verdadera guerra moderna	212
La moral por los suelos.....	229
Cartas ejemplares y propaganda	244
 CAPÍTULO IV	 253
La retaguardia italiana.....	253
Los rostros del enemigo	270
Los hijos pródigos.....	282
La bella muerte	295
 EPÍLOGO.....	 301
 FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	 317
 ILUSTRACIONES	 333
 ÍNDICE DE NOMBRES	 347

PRÓLOGO

EL DILEMA MORAL QUE IMPLICA MATAR

Tengo que reconocerlo: muchos habríamos querido escribir este libro. De hecho, no he podido evitar usar una frase del propio autor para titular este prólogo, cuando dice que la experiencia de la guerra consiste, en buena medida, en un «rápido aprendizaje para superar el dilema moral que implica matar». Superar el dilema moral, y hacerlo rápido, porque la guerra es siempre a vida o muerte. No es algo que pase en mapas ni en libros, no ocurre en las descripciones de sus cantores, no es el resultado limpio de una estrategia. La guerra es matar y morir. La hacen bella las representaciones mitopoéticas de quienes no la combaten o de quienes la observan desde lejos de las trincheras. También, algunas veces, los propios combatientes. Y a veces también los historiadores: tanto los que entienden su trabajo como una forma de análisis de lo que llaman el «arte de la guerra» sin que les de vergüenza el oxímoron, como los que ni hemos empuñado un arma, ni hemos combatido en una guerra, ni hemos matado a nadie, y que a veces tendemos a creer a pies juntillas a nuestras fuentes y a dar razón a las que ensalzan la belleza, la necesidad, la radical inevitabilidad de la guerra, incluso por delante de las reflexiones que se preguntan por su contingencia, su evitabilidad, su intrínseco horror como marco histórico.

No los juzgo. Desde la perspectiva de quienes miramos al pasado desde tantas distancias (la cronológica, la experiencial, la moral), resulta tranquilizador acercarse a la realidad de la guerra, de la violencia, del asesinato, del bombardeo, del genocidio, sin enfrentarse al

dilema moral de matar, sin preguntarse por ese aprendizaje terrible. Es más fácil exaltar o condenar a un victimario que comprenderlo. Es más complejo preguntarse por los porqués de la violencia que tratarla como un acto sobrevenido e inevitable. El dilema de matar es tan gigantesco que la solución más fácil para los historiadores es obviarlo, rodearlo, negarlo. Sustituir los nombres de las víctimas por números. Sumergir los de los victimarios en nombres colectivos, el ejército, el escuadrón, el batallón, la agrupación, el comando, o atribuirlo todo a la voluntad de grandes líderes a los que se viste de características omnipotentes: Franco mató, Hitler asesinó, Stalin aniquiló, Mussolini ordenó.

Hay, por supuesto, para quien detrás de matar no existe dilema moral alguno: la guerra, matar, es algo justo y necesario, o simplemente es el resultado de la obediencia debida. Matar no se cuestiona, se ejecuta. Pero no por negarlo, el dilema moral desaparece. Y para rastrearlo, para enfrentarlo sin mirar hacia otro lado, la historiografía sobre la guerra y la violencia tiene dos opciones. Puede situarse en un plano exento, diríase filosófico. O puede aproximarse a su realidad sucia, terrible, desde la experiencia vital, cotidiana, olfateando en las trazas de narración individual que, como en un diálogo de dos partes que ni se escuchan ni se conocen, el pasado nos lega para el presente. Diarios, cartas, grafitos, cuentos, canciones, narraciones orales, también a veces, si se los sabe leer, documentos de archivo. Abí se encuentra esa mirada caleidoscópica, leve, no normativa ni reglada, pensada las más de las veces para no perdurar ni servir de materia de análisis desde el presente, pero que necesitamos para mostrar la guerra. Para enseñar los mecanismos y aprendizajes que llevan a normalizar la muerte, aunque también y por supuesto los que llevan a resolver el dilema moral negándose a matar: los suicidas, los desertores, los que dispararon al aire en los pelotones de ejecución, los enchufados y los vivos que capearon el temporal. Abí está esa historia: en documentos cuya lectura desde el presente tiene algo de impúdico, de invasión de la intimidad, de apropiación narrativa de presentes inaprehensibles. El historiador tiene algo de cotilla profesional, y el historiador que elabora sus relatos a partir del testimonio no pensado para serlo, como la carta o el diario íntimo, puede que lo sea todavía más.

La historiografía es, de hecho, uno más de los muchos canales a través de los cuales las narrativas pretéritas se reconstruyen y reifican en el hoy. Las series, el cine, la literatura, la radio, los periódicos, la

televisión en sus diferentes formatos, la prensa rosa, pero también la comunicación de la experiencia, la investigación, el voluntariado, el conocimiento interpersonal... todos esos medios y formatos contribuyen a modelar y nutrir la perspectiva humana de los tiempos que nos antecedieron, de los lugares y de los hombres y mujeres que los poblaron. Y cada uno de ellos está a su vez modelado por los filtros propios de su género y por los de las fuentes que usa para reconstruir su narración —con dos elementos que son tal vez los únicos comunes entre todos: la obsesión por mostrar la coherencia de los sujetos del pasado, y su impregnación, casi contaminación, por el presente—. En ese constante diálogo metafórico entre esos infinitos pasados y el hoy, no por casualidad, la guerra y la violencia emergen cual la lava de un volcán como dos de los procesos más complejos, duros, impactantes, performativos y transformadores de la realidad, de los individuos, de las sociedades. La guerra y la violencia lo cambian todo. Los paisajes naturales, humanos o mentales desaparecen a su paso. Lo que queda es, generalmente, otra cosa. Pero igualmente, el contacto con la guerra tampoco tiene resultados unívocos. Hay quien sigue con su vida y trata de desprenderse de la suciedad física y moral de la experiencia del combate, del asesinato, de la ocupación, del bombardeo. Hay quien vive el resto de la suya anclado al momento terrible de la guerra, de la camaradería, excombatientes que viven en la paz como el tiempo posterior a la guerra que vencieron en su juventud. Hay muchos que no lo cuentan.

Este libro de Javier Muñoz reconstruye el periplo de los soldados italianos en la Guerra Civil española a partir, sobre todo, de su correspondencia, las más de las veces censurada, con la madre patria italiana. O mejor, con los familiares, amigos, camaradas, novias, amantes, deudores (y hasta con las instituciones del Estado) de los soldados que mandan sus cartas desde España. No es un libro ingenuo. La correspondencia de guerra, su fuente principal, es siempre una compañera traicionera para la investigación. Las cartas ocultan y explican a la vez. Varían según los destinatarios, la censura, la autocensura. Subliman la experiencia, pero también muestran debilidades, cobardías cotidianas. Alaban la vida guerrera, pero también reconocen los deseos de volver a casa, la nostalgia por la vida en paz. Muestran a veces compasión por la suerte de los españoles, y otras ven a las españolas como simples objetos animados para su disfrute sexual, consentido o no, gratuito o pagado. A veces esos polos los recorren

personas diferentes. Otras, es el mismo combatiente el que pasa por diferentes estados, aparentemente contradictorios. La guerra, que jamás es un tiempo estático, sino profundamente dinámico, resuelve y simplifica muchos dilemas. Pero también crea otros nuevos.

Evidentemente, la carta desde el frente o desde la retaguardia tiene muchas funcionalidades. Informar de que se sigue vivo, alegrar la espera de la familia, quejarse de la dureza del combate, alabar o denostar al enemigo, recordar una deuda pendiente. Pueden ser duras, crudas y explícitas o convertirse en el canal para la reinterpretación de la experiencia de la guerra, que deja de ser sucia, aburrida y fea para convertirse en gloriosa, una aventura muchas veces con marcados tintes sexuales. Pueden ser formulistas o devenir verdaderas formas de último refugio, de continuidad con la vida anterior, de creación de inmediatez y de realidad. Las cartas, en suma, parecen acercar al historiador a la realidad y la cotidianidad, pero muchas veces lo que muestran son cosas diferentes. Cosas que hay que saber ver, igual que hay que saber ignorar otras. Por eso no es esta una recopilación de correspondencia, sino un análisis a partir de la misma. Es necesaria la intervención explícita del historiador para saber leer entre misivas, tener una visión de conjunto, saber entender lo que hay, si es que lo hay, detrás de las palabras de quien escribe. Porque cada carta habla de diferentes momentos y espacios: del de la escritura, del proceso posterior a su finalización y envío, de la recepción, de la lectura por parte de los destinatarios, en su amplia variedad casuística (la familia, la pareja, el deudor, los amigos en la patria lejana). Para moverse en ese paisaje hace falta guía, y en este libro Javier Muñoz ejerce de tal con una precisión y un conocimiento del terreno superlativos.

Leyéndolo, la palabra que más me asaltó fue, precisamente, el primer sustantivo de este prólogo: dilema. Este libro está plagado de ellos, empezando por el principal, el de la identidad y la experiencia de la guerra. ¿Es o no bella? ¿Y qué, si lo es, o si alguno de sus protagonistas así la vive y experimenta? ¿Y si la guerra también es hermosa, y si matar no es para algunos un acto de barbarie sino civilizatorio? ¿Y si la guerra no es solo mierda, cadáveres y tedio, sino que también es belleza, compañerismo, camaradería, amistad? Todo eso, ¿es solo propaganda, o hay algo más? Seguramente aquí toque matizar mucho las palabras y lo sucio, horrible y cruel sea stricto sensu más el combate que la guerra en sí, cuya experiencia incluye también la de la retaguardia: la ocupación, las violaciones, los asesinatos, los robos, las

confiscaciones, pero también la fiesta, el viaje, el sexo, la proyección de todos los estereotipos de la masculinidad dominante. Pero ¿y si lo bello fuese el combate, el placer por la acción, la adrenalina del jugarse la vida, la descarga final de la victoria? ¿Y si fuesen realidades inseparables, que solo los exégetas del futuro, desde nuestra comodidad, situamos en planos diferentes como quien separa partículas en un laboratorio?

Una de las cartas censuradas más impresionantes de cuantas son rescatadas aquí habla, en palabras de un soldado, de cómo todos los cuerpos del enemigo acaban desnudos, despojados. Quien escribe les dispara como a la carroña, como a un perro, y les dispara con rabia para distraerse y divertirse. Esa no es una experiencia de combate y guerra propia de quien escribe desde posiciones subsidiarias y temerosas deseando volver a casa y tampoco es el relato formulista de la asimilación de lenguajes y modos de la propaganda, sino de quien se sitúa a sí mismo, siquiera tan solo mentalmente, en la primera línea de la lucha, del valor, del arrojo, de la camaradería. Eso también es experiencia y esa terrible belleza expresada por los soldados que creen así vivirla es también la guerra. ¿Le corresponde al historiador dirimir si la belleza en el horror es fruto de la propaganda, de la patología, de la deshumanización, o más bien —y más modestamente— aportar suficientes elementos para acercarse a la complejidad de la pregunta? Tal vez simplemente haya cuestiones que no pueden responderse y no toque nada más que aceptarlo, sin que eso suponga una crisis de identidad en el seno de la profesión historiográfica. Los dilemas a los que aludía antes también alcanzan, y de qué manera, a la metodología propia seguida en este libro y a cuánto y de qué manera nos interpelan esas voces del pasado a los exégetas que las leemos desde el presente.

Con la evidente distancia moral, cultural y política, este libro presenta ese caleidoscopio experiencial con respeto, sin paternalismos ni juicios. Sin rodear las experiencias de metáforas. Cruda, dura, compleja, una realidad (¿la realidad?) se decanta por el peso de las narrativas individuales. Con elementos comunes, y con sus diferencias: entre quienes viajan por la paga o por su fascistísima condición de voluntarios guerreros; entre quienes buscan sacar adelante la familia y quienes quieren elevar la gloria de la patria. Entre diferentes grados de sentimiento e identificación con la causa militar y política en España, que, para mí, de manera más o menos sentida por cada

singolo combattente, *colectivamente fue la causa del fascismo. E incluso confluyendo en diferentes momentos y tras diferentes puntos de no retorno esas aparentemente contradictorias motivaciones en un mismo combatiente. Por supuesto, en este tema se podrá estar más o menos de acuerdo. Por suerte para el debate intelectual y académico, en los últimos años se han aclarado mucho las diferentes posturas interpretativas y, sobre todo, se han dotado de contenido empírico, enriqueciendo las perspectivas y creando, tras un largo tiempo de malentendidos, espacios de acuerdo y de desacuerdo alrededor de la experiencia fascista, italiana y no solo, en Europa y en España. Este libro contribuye poderosísimamente a ampliar los márgenes de análisis, desde un conocimiento profundo de los debates teóricos e interpretativos, desde una base documental y empírica innegable, y desde un excelente conocimiento de la tradición, no exento de desafíos y riesgos asumidos.*

Javier Muñoz lleva más de veinte años rastreando esas voces, apagadas y sesgadas, del pasado. Veinte años, muchos. Más o menos, los mismos que hace que nos conocemos, desde que nuestros caminos se cruzaron en Novi Ligure, él un joven profesor jacetano en Cagliari, yo un todavía más joven investigador en Florencia. Poco después se nos sumó José Luis Ledesma, para crear el lobby aragonese de la revista *Spagna Contemporanea*. Desde entonces, siempre nos ha unido tanto la serena discrepancia como el cariño entrañable. Tanto desde la amistad de varias décadas como desde el conocimiento profundo de su obra, no dudo en afirmar que los trabajos de Javier Muñoz, sobre la cultura y el franquismo, sobre las relaciones entre España e Italia, sobre los intelectuales, el SUT o la memoria de la guerra, lo han elevado a una posición de respeto intelectual generalizado, y eso no es poca cosa en la historiografía hispana. Ahora, y tras varios años moviéndose en un marco cronológico cuyo eje gravitacional estaría seguramente en 1968, se adentra en un terreno espinoso y minado, los años treinta, y en un tema, el de la intervención fascista en la Guerra Civil, donde se acumulan de manera a veces salvaje debates como los del fascismo y sus límites, la experiencia de guerra, la violencia sobre las poblaciones civiles, la definición política del franquismo o la política exterior italiana, por nombrar solo algunos. Y, pese a ello, sale bien parado del reto.

Este libro es la demostración. Un libro que recomiendo muy encantadamente leer de principio a fin. Por dos motivos. El primero,

porque su lectura es un placer, también literario. El segundo, porque solamente así podrán desvelarse algunos de los misterios que el autor ha sabido diseminar a lo largo del texto, con algún cliffhanger incluido, cual si estuviésemos ante el guion de un capítulo de la serie *Lost*. Posiblemente, los más brutales e impactantes tengan que ver con la documentación más radicalmente inédita usada en este libro, relacionada con el teniente Dario Grixoni. El machista, putero, chuleta Grixoni, todo un estereotipo de chico con posibles que hace el *cursum honorum* fascista y cuya fe mussoliniana le lleva a tomar las armas por el fascismo, contra el comunismo, por España, por Italia y por la civilización. Su historia y la de sus padres, también fascistísimos, pero cuya fe se verá confrontada con uno de los más terribles dilemas que deba soportar un ser humano, impacta, golpea, encoge el alma y quita el aliento. Lean este libro hasta el final y podrán comprobarlo.

Morir lejos de casa. Cuatro palabras, y las cuatro entre las más importantes de la experiencia y la vida de cualquier persona que haya pasado o vaya a pasar por el mundo. Morir, dejar de existir, abandonar el mundo, no ser más, nunca más. Lejos, alejado de algo, de alguien. De, el lugar donde algo se origina, la procedencia. Casa, aquello que nos define, lo que somos. Morir lejos de casa es morir lejos de lo que se es, abandonar la existencia sin más abrazo, aliento o ayuda que la circunstancial, en un lugar al que no se pertenece. Muchos italianos viajaron a España sabiendo que venían a matar, y lo hicieron sin reparos, aceptando la muerte del enemigo como un acto trascendente, necesario y fundador. Otros muchos, menos convencidos de la belleza del acto de matar, hubieron de superar ese punto de no retorno, el de la primera muerte, y solucionar a las bravas el dilema moral básico del combate y las armas. Hubo también quien decidió no hacerlo, por miedo, por vergüenza o por asco, aunque de esos queden pocas pistas. Pero seguramente ninguno, ni el más fanático de los fascistas, ni el más pobre de los straccioni, era un suicida. Vinieron a España a matar. Ningún italiano vino a España a morir.

Y eso es, creo, algo común para todo el mundo, casi una verdad universal que actualiza el carácter genial de este libro que ahora empieza, y de su título: pese al heroísmo, a la retórica, a la inconsciencia o la temeridad, nadie quiere morir lejos de su casa.

Barcelona, enero de 2022.

Javier RODRIGO